



Arturo Torres Rioseco

Veinte años



ABA con ellos, visibles, descollantes,
firmes como dientes de negro, firmes
y brillantes, como risas de negro,
jugueteadando sobre los pechos de la tierra.

En ellos, grávidos, toda riqueza:
trigos de Rusia y Kansas, de Argentina y Canadá,
salitre de Antofagasta y elote de México;
en ellos arco iris y relámpagos.

Iba con atléticos impulsos confesados,
directamente a todo, flecha a su punto,
sol a su ocaso, sexo a sexo,
despreciando frases sin sentido y mareas.

Y sin embargo, colmenas y caricias
en bucles, en labios, en palabras o intento,
precedían la realización de mi cuerpo.
La realización suprema de ser uno,
sin complicaciones de mente ni de sociedad.

Le precedían como pájaros
cansados del vuelo, hambrientos y mojados,
pájaros que hubieran hecho la guerra en el aire
y volvieran ahora con olor de tragedia y hospitales.

Se asomaban a mis ojos las mujeres,
relojes implacables, luciérnagas monótonas,
y se caían muertas en los pisos de acero,
se caían sus senos en pedazos de nieve,
se caían sus labios, hojas sobre las piedras.

Los niños echaban sus abecedarios en las cúpulas,
las madres cantaban sin angustia mis versos.

Apretados, saltaban en la tierra caliente,
toros de lidia, cimarrones, gatos de monte,
en pos de un ala, de un rastro, de un alarido,
en pos o adelante de, mas nunca ahí mismo.

Los frailes tiraban hacia el cielo sus rosarios
y cabalgaban en las notas largas de las campanas,
fállicos signos eran niños ojerosos en las estancias,
en los muslos temblaban pavorosas inquietudes,
palomas ahogadas en aceite de vicios.

Un cuervo afilaba su garra en mis cabellos,
desafiando a la abeja viva de mis labios
y al canario adormecido en la hoja.

Y ahí, bajo la montaña y al lado de los ríos,
cantaba la lengua tersa de mi ensueño,
delgada, plata bruñida, en todo amanecer
lívido o rojo, en el estrato de mis veinte años.